

La muerte del orden de postguerra

RAFAEL L. BARDAJÍ,

Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

CUANDO el 9 de noviembre pasado caía el muro de Berlín no era únicamente una ciudad artificialmente separada lo que dejaba de existir. En primer lugar, era la prueba palpable de la inevitabilidad del cambio político en los países centroeuropeos con regímenes socialistas impuestos por la URSS desde hacía 40 años; en segundo lugar, ponía de relieve el dramático momento por el que atravesaba la misma Unión Soviética, incapaz de sostener su tradicional *glacis* de seguridad que le otorgaban sus satélites, y con grandes dificultades para sobrevivir incluso en sus fronteras internas; igualmente, abría la puerta a una reordenación del campo occidental: por un lado empezaba a configurarse una nueva potencia, la gran Alemania unida; por otro, parecía claro el preponderante papel que en esta reestructuración de la Europa occidental y central deberían jugar los propios europeos, quedando el tradicional garante, los EE.UU., como una superpotencia en evidente declive.

Durante 45 años, Europa ha vivido en paz de una manera estable. Ciertamente, la rígida división del continente en dos bandos contrapuestos ideológica, económica, social, política y militarmente, cada uno bajo el liderazgo de una de las dos superpotencias, no podía evitar la emergencia de tensiones e intranquilidades, pero éstas se han mantenido siempre bajo control. De hecho, salvo las sucesivas intervenciones de la URSS en Hungría y Checoslova-

quia, los conflictos han sido inexistentes, las fronteras intocadas, y el panorama institucional duradero. 1989 ha acabado con todo ello.

Los cambios durante la segunda mitad de 1989 han revelado que éstos se producen con una velocidad vertiginosa, ¿quién se imaginaba la caída del comunismo en centroeuropa a comienzos del año? Pero también han mostrado su importancia por la extensión con que se han producido: en menos de seis meses, los satélites de Moscú han caído como piezas de dominó, uno tras otro.

Tras décadas condenando la dominación soviética de la zona, los cambios en los hasta ahora llamados "países del Este" han sido recibidos por los europeos occidentales con gran entusiasmo, reforzando, además, la benigna apreciación que desde Occidente se tiene del proceso de reformas emprendido por Mijail Gorbachov en la Unión Soviética. La Historia recuerda a las gentes por sus hechos y no por sus intenciones y, en esa medida, es posible que Gorbachov pase a la posteridad como el líder moscovita que permitió la liberación de los países del Este y el renacimiento de éstos como lo que siempre fueron, centroeuropa.

No obstante, como se ha podido ver en Rumanía, con Iliescu echando mano de mineros para arrasar con la oposición estudiantil, en una especie de Tiananmen II, la democratización de los países antiguos aliados de Moscú es una empresa de difícil camino, en la que los

resultados están en muchos casos aún por ver. Es más, no se trata únicamente de un problema de desarrollo político y económico doméstico en esos países. La caída del comunismo ha liberado unas fuerzas que amenazan no sólo la estabilidad en el Este (¿Hasta cuándo el Pacto de Varsovia?), sino que afectan al mapa occidental también (reunificación alemana, reforma de la OTAN, expansión de la CE...). De la habilidad de las partes para buscar y acordar compromisos viables y aceptables por todos dependerá que la transición de un orden moribundo a una "nueva arquitectura europea", como gusta de decirse ahora, se haga con los sufrimientos mínimos posibles y garantizando, por lo menos, el nivel de estabilidad del que hemos venido disfrutando hasta el presente. El peligro es una descomposición generalizada de las instituciones colectivas, la vuelta a los nacionalismos y al tradicional juego del equilibrio de poder.

LA MUERTE DEL ORDEN POLÍTICO

Por más de cuatro décadas, como decimos, el mundo occidental ha conocido y disfrutado de una seguridad, estabilidad y prosperidad sin precedentes. Instituciones como la Comunidad Europea potenciaban el desarrollo y bienestar de sus miembros, órganos como el Consejo de Europa y el tribunal de Estrasburgo velaban por el respeto de los derechos fundamentales



Limites del Centro y Este europeo en 1914.



Centro y Este europeo en el año 1937.

de la persona, y el sistema colectivo de defensa de la Alianza Atlántica garantizaba que todo ello fuera posible a salvo de veleidades expansionistas o de presiones por parte de la URSS y de sus satélites.

De manera sorprendente, el embite democrático de 1989 ha acabado con la división del continente y amenaza con llevarse por delante también las instituciones que surgieron de esa división y de la guerra fría.

Dos han sido las interpretaciones básicas de esta sacudida histórica. En un lado encontramos a los más optimistas, aquéllos que como Francis Fukuyama creen en el final de la Historia porque tras el colapso del comunismo, parece evidente el triunfo de la ideología liberal,¹ y para quienes el mundo se está convirtiendo en perfecto: se supera la guerra fría, se desvanece el enemigo, triunfa la democracia, la comunidad internacional deviene liberal y eso es, ni más

ni menos, el final de las guerras. Exageradamente podríamos decir que ese ha sido el clima popular y el de muchos políticos durante el año pasado.

Sin embargo, la simple constatación de que los cambios también afectaban a la estabilidad del mundo occidental, particularmente con todos los problemas que rodean la unificación alemana, pero también la visión de que los países del Este pueden retornar a formas dictatoriales de gobierno y, sobre todo, de que la URSS no tenga salvación y nos hunda a todos con su desplome, ha traído de nuevo a la palestra intelectual la aproximación realista o hobbesiana, mucho más negativa y pesimista y para la que, en el mejor de los casos, esto es, que la transición al capitalismo se consiguiera pacíficamente en la URSS y en centroeuropa, nos encontraríamos al final con una vuelta a los nacionalismos, los intereses de Estado, el juego de las alianzas flexibles y el permanente riesgo de que algún actor internacional recurriera a las armas.

Como escribía el profesor Paul Kennedy, resumiendo un poco estos sentimientos: "Es seguramente una de las mayores ironías de la historia contemporánea el hecho de que vayamos a entrar en la última década del siglo XX con un panorama exactamente igual al que teníamos cuando íbamos a entrar en la primera: la presencia de una gran preocupación de que las tensiones y rivalidades existentes en la Europa del Este traigan consigo una inestabilidad política generalizada, y en consecuencia, una crisis en el sistema internacional."²

De una visión idílica se habría pasado en poco tiempo a una forma de ver los acontecimientos mucho más dramática, como si de la esperanza se hubiera pasado al temor, al caos.

Es evidente que en todo orden se dan presencia fuerzas contrapuestas que luchan simultáneamente por conducir la his-

¹ Fukuyama, Francis: "The End of History" en *The National Interest*, verano 1989.

² Kennedy, Paul: "Retorno al polvo" en *El País*, 20 de noviembre, 1989.



Limites del Centro y Este europeo en 1945.

toria hacia uno u otro punto.³ Basta que un analista se fije en una u otras para que encuentre el ascenso armónico de la integración o el descalabro hacia la anarquía. En cualquier caso, hay que reconocer que el panorama actual no es muy alentador para quienes han confiado en la interdependencia institucional como factor de paz universal o regional. En el Este cae el Pacto y el COMECON sigue inservible; en este lado, la OTAN está pasando por una especie de psicodrama colectivo en busca de su identidad y la CE se debate entre la parálisis, continuar profundizando en la unión política o expandirse horizon-

talmente hacia el Este, pero aparentemente incapaz de presentarse como el aglutinante de la futura Europa.

Hay, no obstante, algo claro: Paul Kennedy tenía razón en su famoso libro *The Rise and Fall of the Great Powers*; en el sistema internacional el poder ni se crea ni se destruye, sólo cambia de manos. Y en este particular momento podríamos estar asistiendo a una de esas transferencias. Pues, de hecho, el problema de Europa no es la liberación de parte del continente de la tiranía del socialismo. O no sólo. Sino el deber de bregar con los acontecimientos sin la protección de los hermanos mayores quienes, afectados de "fatiga imperial" se encuentran uno ensimismado en su crisis —la URSS— y el otro —los EE.UU.— más preocupado

por nuevos horizontes. Como alguien ha dicho, Europa se levanta, pero con dolor de cabeza.⁴

¿UNA NUEVA ARQUITECTURA?

Hace no mucho, y gracias a Gorbachov, se hablaba de los planos de "la casa común europea". Desde diciembre pasado, y gracias a la fortuna de la expresión del presidente George Bush, se discute de "la nueva arquitectura europea". Pronto empezaremos a hablar de los albañiles. Una idea es compartida por casi todos: hay que garantizar el orden y evitar el caos. Pero las diferencias surgen al concretar dónde poner la primera piedra, si es que debe utilizarse tal material.⁵

Pero la quietud es imposible. Sin embargo, nada podría resultar más insensato que lanzarse jubilosamente a enterrar los pocos vínculos que unen a los europeos entre ellos y con el resto de sus aliados. Así, frente a quienes claman por la disolución de los bloques militares incluso de manera unilateral, cabe señalar que la OTAN ha sido el mejor seguro colectivo que hemos tenido y nada obliga a desmantelarlo más rápidamente que desaparece la amenaza del tradicional enemigo, la URSS. En cualquier caso, sería estúpido deshacerse por completo de tal garantía colectiva si sólo bastara con guardar la ca-

³ Ver, Brown, Seyom: *New forces, Old forces and the future of World Politics*. Boston, Scott, foresman & Co. 1988.

⁴ Kielinger, Thomas: "Waking up in the new Europe-with a headache" en *International Affairs*, abril, 1990.

⁵ Ver, por ejemplo, Brzezinski, Zbigniew: "Beyond Chaos. A policy for the West" en *The National Interest*, primavera 1990; Snyder, Jack: "Averting anarchy in the New Europe" en *International Security*, primavera 1990; Davidson, Ian: "The search for a new order in Europe" en *International Affairs*, primavera 1990, o Kissinger, Henry: "A Plan for Europe" en *Newsweek*, 18 de junio 1990.

pacidad conjunta de regenerar fuerzas, desplazarlas y reintroducirlas allí donde hicieran falta, caso de producirse una crisis.

En segundo lugar, frente a quienes buscan mesiánicamente una organización única, global y salvadora, habría que anteponer un principio de eficacia, sacar mejor partido de las instituciones existentes, junto con un principio de subsidiariedad: dejar las competencias específicas a aquellos organismos que mejor experiencia tienen en el campo. No es deseable que la OTAN quiera sustituir al grupo de los 7, por ejemplo, o al Consejo de Europa, ni que la UEO reemplace a la Alianza, o que la CSCE acabe con las dos. Cada cual tiene su lugar en el entramado organizativo y más vale convivir, por el momento, con muchas organizaciones que pretender crear un único órgano que abarque todo y para todos. No necesitamos una ONU con toda su incompetencia a escala europea.

Sólo así se podrá dar respuesta a los retos a los que nos enfrentamos hoy en día: en primer lugar, garantizar que la nueva Alemania permanece firmemente en el campo occidental, integrándola tanto en la CE como en la OTAN reformada. Impedir un proceso de nacionalización de las defensas y la economía es un imperativo de la estabilidad.

En segundo lugar, asegurar la estabilidad en centroeuropa. Evitar crisis en la zona no será posible a través de los mecanismos de la disuasión. Ni siquiera la OTAN parece indicado que pueda presentarse como un guardián de la paz en el área. Para garantizar el éxito político en esos países hay que ayudarles en la esfera económica y ahí es donde la CE —y otros mecanismos colectivos— puede y debe jugar un creciente papel. Sin desarrollo económico no podrá haber tranquilidad política.

En tercer lugar, favorecer el



Composición étnica del Este europeo.

Fuente: Handbooks to the Modern World: *The Soviet Union and Eastern Europe*, edited by George Schöpflin. Copyright (c) 1986 by Facts On File, Inc. Reprinted with the permission of Facts on File, Inc., New York, NY.

proceso de reformas en la URSS conduce a esa nación a un régimen democrático y de mercado. El reto fundamental está en la URSS, pero los europeos no deben preguntarse a dónde va ese imperio, sino si la evolución que está siguiendo puede conducir a la URSS que queremos y qué cambios podemos favorecer en ella para que así sea. De no lograrse una Unión Soviética "normal", como sus dirigentes gustan de decir, dará igual tenerla sentada en la CSCE o en otros foros cualesquiera. El resultado seguirá sien-

do el fantasma de la inestabilidad y del riesgo.

En fin, en política, los vacíos no existen, y si se dan, tienden a ser llenados rápidamente. El Viejo Continente está pasando por un reajuste del poder mundial en su esfera regional. Que sepamos reemplazarlo es, en gran medida, dependiente de nuestra voluntad y de nuestros esfuerzos. La vuelta atrás está cerrada y el futuro nos ofrece tanto un nuevo orden como el desorden, que consigamos uno u otro está ya, nos guste o no, en nuestras manos. ■